

## El discipulado: el ciego Bartimeo Mc 10, 46-52

**Pbro. Silvio Marinelli Zucalli**

*Llegan a Jericó. Y cuando salía de Jericó, acompañado de sus discípulos y de una gran muchedumbre, el hijo de Timeo, Bartimeo, un mendigo ciego, estaba sentado junto al camino. Al enterarse de que era Jesús de Nazaret, se puso a gritar: «¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!» Muchos lo increpaban para que se callara. Pero él gritaba mucho más: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!» Jesús se detuvo y dijo: «Llámenlo». Llamaron al ciego, diciéndole: «¡Ánimo, levántate! Te llama». Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús. Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: «¿Qué quieres que te haga?» El ciego le dijo: «Rabbuní, ¡que vea!» Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado». Y al instante, recobró la vista y lo seguía por el camino.*

### **¿Qué quieres que haga por ti?**

La narración acentúa sobre todo la importancia de la fe como fundamento del discipulado. El relato está colocado en un lugar estratégico dentro del Evangelio según San Marcos. Sirve de enlace entre el camino desde Galilea y la inmediata subida a Jerusalén.

Está situado inmediatamente después de la narración que cuenta la petición de los hijos de Zebedeo a Jesús. La pregunta de Jesús es la misma en ambos casos: «¿Qué quieren que haga por ustedes?» Las respuestas, sin embargo, son realmente distintas. En la escena de Santiago y Juan, ellos, cansados de tanto caminar, aspiran a «sentarse» con Jesús en su gloria. En la narración de Bartimeo, por el contrario, el ciego, cansado de estar tanto tiempo sentado al borde del camino pidiendo limosna, quiere caminar y «seguir» a Jesús.

Marcos utiliza el verbo 'seguir': Bartimeo 'sigue' a Jesús, no sólo ha recobrado la vista. La intencionalidad es evidente. Marcos quiere presentar al ciego como el modelo del verdadero discípulo.

### **El diálogo de fe**

El diálogo comienza con una petición de Bartimeo, que la liturgia eucarística ha incorporado en el acto penitencial: «Ten piedad de mí». Cuando el ciego se entera de que Jesús lo llama, «soltó el manto» y se acercó a Él. El diálogo posterior se desarrolla de una manera esquemática: pregunta («¿Qué quieres que haga por ti?»), petición («Maestro, que pueda ver») y respuesta («Anda, tu fe te ha curado»).

El acento recae en la fuerza de la fe. Ésta es la que permite pasar de las tinieblas a la luz, del borde al centro del camino, de la pasividad de quien mendiga a la actividad de quien sigue a Jesús hasta el final.

### **Una humanidad al borde de la carretera**

Muchas son las personas, no sólo enfermas, que se encuentran en la situación de Bartimeo: habitantes al borde del camino, porque no pueden caminar como quisieran; ciegos, porque no consiguen ver con claridad en medio de la complejidad presente; mendigos, porque no disponen de lo más necesario. Pero, a diferencia de él, podemos resignarnos a esta situación, considerar que es la mejor de las posibles.

Bartimeo nos muestra en qué consiste la aventura de la fe, del encuentro sanador con Jesús. En este sentido es un símbolo para el hombre contemporáneo. Su itinerario comienza con un grito, prosigue con una llamada, madura con una curación y concluye con el seguimiento.

Al principio, en efecto, hay un grito de auxilio, una petición de misericordia unida al reconocimiento de la propia impotencia. ¿Cuáles son hoy nuestros gritos? Detrás de muchas de nuestras zozobras, de nuestras preocupaciones por encontrar relaciones afectivas satisfactorias, un trabajo estable, una mayor armonía social, hay con frecuencia un verdadero clamor. Aspiramos a que nuestras heridas sean curadas. Deseamos ver. La curación de Jesús no se limita a lograr un equilibrio psicósomático. Consiste en una nueva capacidad para ver la realidad como Él la ve, para reconocerlo como Maestro, para plantear la vida como un seguimiento.